

JESÚS, HOMBRE DE SU TIEMPO Y ESPACIO, NOS MUESTRA NUESTRA HUMANIDAD

Sr. Maria Chiara

Con este encuentro nos acercamos a otro aspecto de la persona de Jesús: su alegría y felicidad. Creo que es muy importante subrayar de la dimensión humana el aspecto de la alegría, de una afectividad capaz de recibir uno de los frutos del Espíritu que menciona San Pablo a los Gálatas (Gal 5, 22) y aún más evidente en el hombre-Dios en perenne comunión con el Padre en el Espíritu (Lc 10, 21-22).

Para nuestro tiempo es fundamental resaltar la llamada/don (Mt 5, 1-11) a la alegría, para disipar la imagen lúgubre del cristiano condenado a un "valle de lágrimas". Esto no significa dejar atrás las penurias y durezas de la existencia, sino que significa el considerar que la felicidad y el sentido de la vida humana no se colocan sólo al final del viaje relegando todo al más allá. Y esto presenta dos cosas: la primera es que la felicidad no se puede pensar como recompensa futura; la segunda es que es necesario aprender a percibir el fondo y la raíz de la alegría.

Se trata de un bienestar psicofísico general, pero no solamente esto. De alguna manera tiene que ver con la parte más profunda de nosotros, con la que podemos entrar en contacto; ese Espíritu que habita en nosotros, un don silencioso que, como el agua, si escuchamos, murmura para convertirse en fuente de agua viva. La alegría se puede comparar a menudo con el parto (Jn 16, 21) porque en la vida, el dolor y la alegría frecuentemente se encuentran juntos: un pasaje, un acontecimiento pascual vive en nosotros y se realiza en nosotros para conducirnos a esa alegría que brota de la buena noticia, de Jesús, de su alegría. ¿Cuál es el gozo de Jesús? ¿Dónde encaja? Parece que se sitúa entre el cielo y la tierra, es decir, entre la alegría del Padre (15, 7, 32) y la simple alegría de los pequeños acontecimientos de la historia de cada hombre y mujer (Mt 13,44; Lc 15,8-10). Todo lo que experimentó como hombre nos pertenece: su afectividad es la capacidad que tiene el mismo ser humano para poder experimentar la alegría. Sin embargo, el gozo de Dios es al mismo tiempo (Sal 104,31; Is 65,19; Sof 3,17) lo que habita el universo y se hace carne. Así, la alegría de Jesús aparece en la historia como alegría de la amistad, de la compañía, de la relación con el Padre, de la nupcialidad, alegría que se transmite (Jn 17,13b).

V. El gozo del novio

La presencia de Jesús abre caminos de deseos, de novedad, de un exceso de alegría, de embriaguez como la del vino (Sal 104, 15). Toda la existencia de Jesús está orientada a comunicar un exceso de amor narrado por Juan a lo largo de su Evangelio y que se presenta con signos, hasta llegar al último que es la resurrección.

Nos acercamos al arquetipo, al primero de todos los signos, las bodas de Caná, y nos damos cuenta de que la parte simbólica del exceso de amor de Dios, revelado por la presencia de Jesús, es lo que se expresa en la alianza nupcial.

La alegría relacionada a una alianza nupcial y simbolizada por el vino (Cant 1,2-4), sin que nadie se dé cuenta, comienza a faltar... la intervención de Jesús da un nuevo impulso, un vino nuevo, una alegría nueva que sólo "El Esposo" puede dar y en quien está la plenitud de ese gozo como prefiguración de lo que el Espíritu dará en la cruz. Ese será el vino verdadero de la vid verdadera, vino que da la embriaguez; la embriaguez del Espíritu que es el don del Esposo traspasado, del gozo de la renovada alianza nupcial. Así, acerquémonos a la alegría de Jesús, a la alegría por dar alegría.

Invoquemos al Espíritu

Dios nuestro Padre,
te ofrecemos el tiempo de nuestra vida
y queremos escuchar tu palabra
que se encuentra en las Escrituras:
envía en nuestros corazones tu santo Espíritu,
para que no resistamos a tu voz
demostrando un corazón cerrado y endurecido,
sino que la acojamos para custodiarla, meditarla
y ponerla en práctica.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

1. Lectio leer la Palabra

Del evangelio según san Juan

1 Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. 2 Jesús también fue invitado con sus discípulos. 3 Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». 4 Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». 5 Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga». 6 Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. 7 Jesús dijo a los sirvientes: «Llenen de agua estas tinajas». Y las llenaron hasta el borde. 8 «Saquen ahora, agregó Jesús, y lleven al encargado del banquete». Así lo hicieron. 9 El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo 10 y les dijo: «Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento». 11 Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. 12 Después de esto, descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí unos pocos días.

Acerquémonos al texto

En el texto, nos encontramos entre la llamada de los primeros discípulos (1,35) y la afirmación hecha por Jesús de que su cuerpo sustituirá al antiguo templo y que él mismo será el nuevo templo (2,13-22). Ya al comienzo del Evangelio, estamos en el libro de los signos; Juan nos presenta un signo que sugiere una transformación de lo viejo en lo nuevo, del agua en vino y del templo en el cuerpo de Jesús.

En el capítulo 4 se nos presenta otra transformación: el agua del pozo de Jacob en un manantial de agua viva. Dado que nuestro texto se considera un signo arquetípico, es decir, es el modelo de todos los signos, podemos decir que todo el Evangelio de Juan nos habla de una transformación, del paso del hombre y de la mujer de la antigua alianza a la nueva alianza; de la transformación de la vida biológica (*bios*) en vida plena y completa (*zoè*); del paso de la Ley a la vida del Espíritu, prometida y dada por Jesús.

El tema que queremos subrayar es el tema **nupcial**, presente en varios puntos del Evangelio de Juan, y mediante el cual se expresa la alianza entre el hombre y Dios, prefigurada en el Antiguo Testamento con aquella estipulada con Moisés (Ex 19.10-11.16); como aquella elección de Yahveh por Israel y recordada por los profetas (Is 54.5; Os 2.3). Aquí, en el cuarto Evangelio, Jesús es el Esposo reconocido por el Bautista; es esa voz que da regocijo al amigo; es el Esposo a quien la esposa pertenece (Jn 3, 29). Entonces se comprende cómo en el texto de las bodas de Caná el verdadero protagonista es Jesús-Esposo, que nos hace vislumbrar su "hora" adelantada; aquella hora de la nueva alianza en el don del Espíritu, que es el fin de toda su existencia conyugal con la humanidad.

Subdividamos el texto:

Introducción:	vv. 1-3
La madre/mujer:	vv. 4-5
Transformar:	vv. 6-10
Conclusión:	vv. 11-12

Introducción

Juan marca una semana simbólica que comienza con el testimonio del Bautista sobre Jesús el esposo (1, 27) y al cual, refiriéndose a la ley del levirato (Rut 4, 8), no puede quitar ese derecho conyugal (desatando la correa de las sandalias Jn 1, 27).

Estamos en el sexto día, que en la Génesis corresponde a la creación del hombre; estamos ubicados tres días después del encuentro con Natanael, a quien Jesús promete la visión del cielo abierto y de los ángeles que bajan y suben sobre el Hijo del hombre (1, 51), como referencia al sueño de Jacob.

Podemos aceptar las alusiones que Juan presenta en esta introducción para decir que el signo, que ese evento que está por narrar, tiene que ver con una nueva creación, con el nuevo hombre, y también con el tercer día; con el día en que los cielos están abiertos y se realiza la alianza entre el cielo y la tierra, un nuevo lugar de encuentro entre Dios y el hombre. Considerando el estilo de Juan, no se puede dejar a un lado la referencia al día de la resurrección de Cristo. El tercer día es también la referencia a la alianza de Moisés en el Sinaí (Ex 19), evento que la teología judía consideraba una segunda creación, la de Dios que crea a Israel como pueblo.

Estamos en Caná de Galilea, que significa comprar, y nos remite al libro del Éxodo donde se dice que Israel es el pueblo que Dios compró para sí mismo (Ex 15,16); con el cual estableció un fuerte vínculo. En Caná está presente la madre de Jesús: quien no es llamada por su nombre. En todo el evangelio, sólo la madre es quien aparece en los dos momentos de la prefiguración y del cumplimiento de la hora respectivamente, es decir, en Caná y en la cruz.

La madre es la que genera y hace crecer. Ella es la que pertenece a la antigua alianza pero que, al mismo tiempo, constituye el vínculo con Jesús, con la nueva: es la madre que, en referencia al sexto día de la nueva creación en cumplimiento, conjuga ser la madre **de Jesús** con el ser la guardiana de esa nueva humanidad que nace del vino nuevo que su Hijo dona. De nuevo, en la cruz, es la madre quien recibe lo que el Hijo entrega: siendo madre no sólo del hombre Jesús singularmente, sino del cuerpo alargado del Hijo, uno y dilatado en el Espíritu, el Hombre Total. En este Cuerpo, uno en el Espíritu, el Hijo establece una relación de reciprocidad y pertenencia entre la madre y el discípulo amado, válida para todo discípulo que entra en la misma relación: la nueva comunidad de la alianza, la Iglesia.

Jesús y sus discípulos están invitados a las bodas de Caná. El texto utiliza el término **llamar**, *ècléte*: no puede existir un acontecimiento nupcial sin Jesús, pero tampoco sin los discípulos, como germen del nuevo pueblo de la alianza en camino, germen de la ecclesia, de los **llamados** a la Boda. Al ser llamados invitados, quiere decir que no pertenecen a las bodas antiguas y que Jesús se convertirá en el Esposo, en la contraparte con respecto a la nueva alianza.

La madre/mujer

Es ella, la madre, quien representa al Israel fiel que reconoce al Mesías, precisamente por estar presente en la alianza antigua y con un vínculo inseparable con Jesús. Sólo gracias a esta relación puede darse cuenta de que no hay vino, de que no hay alegría, que no hay amor. Es la fiel Israel, la esposa de Yahveh, quien se da cuenta de que la antigua alianza está terminando; es la **mujer**, la esposa quien, con su intervención, despierta la respuesta del Esposo. Según la costumbre de la época, el significado de la frase que Jesús le dirigió, sería como decir: "Mujer, ¿qué nos importa el vino a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora". Jesús la llama mujer, como lo hizo también en la cruz: ella es la mujer/esposa, con quien existe la alianza original hombre/mujer conyugal, y a quien Jesús apela como si la atención que ella tiene por el vino lo indujera a anticipar alguna otra cosa oculta, algo más allá de la falta del vino.

De hecho, se trata de anticipar, como símbolo, la acción del don en abundancia del Hijo, del vino que es la felicidad de las bodas (Cant 1, 2, 4; 2, 4); don de su alegría, don del Espíritu: la mujer/la novia, en la cruz acogerá el nuevo pacto conyugal, el matrimonio sellado en el Espíritu que tiene lugar allí.

La madre les dice a los sirvientes/*diaconois* que "hagan lo que sea" que Jesús diga. La referencia a Éxodo 19,8 vuelve a la alianza en el Sinaí ("lo que el Señor dijo lo haremos"), alianza a la que pertenece la madre, y que se desplaza a su fin; que empuja para llevar hacia una nueva dimensión: La ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad por medio de Jesucristo. La madre está presentando la nueva alianza que su Hijo ha cumplido.

Transformar

Allí yacen seis tinajas de piedra, para la purificación de los judíos: son seis, número incompleto; son de piedra, como las tablas de la ley; están vacías y de una capacidad que va de 80 a 100 litros.

Jesús les dice a los siervos/*diaconois* que las llenen de agua. Juan agrega que las llenaron *éos ano*, literalmente "hasta el alto". Después de llenarlas hasta el borde, tienen que sacar el vino de ellas y llevarlo al encargado del banquete: los sirvientes así lo hacen. La referencia a hasta "arriba" (hasta el alto) está presente en Jn 3,7 y 3, 31, en ambos casos con la alusión a lo divino: ser engendrado desde arriba (3, 7) tiene en paralelo ser engendrado por el Espíritu (3, 8); venir de arriba (3, 31) tiene en paralelo venir del cielo. En nuestro caso, las tinajas llenas hasta el borde/alto sugieren que el contenido llega al límite, pero no entra en la esfera divina: en sí mismo es imperfecto. Podemos decir que la Ley, la purificación ritual de los judíos, para la cual se necesita el agua de las tinajas, tiene un límite, se necesita la transformación en una relación

viva, gozosa, que es un don de Dios, que viene de arriba. El vino en el Antiguo Testamento, de hecho, es símbolo de todos los dones de Dios, de consolación y alegría (Sal 104,15; Is 5,12; 22,13; 24,11), símbolo de la alegría de los días del Mesías (Am 9,13-14; Jer 31,12), por tanto, un signo escatológico (Is 25,8). Isaías lo conecta con la vida y el amor en 16,10. El Cantar de los Cantares en varias partes exalta la embriaguez como símbolo del amor nupcial (2,4) así como Is 62,5-8,9; y Os 2, 21-24. El agua se convierte en vino cuando se saca de las tinajas; las tinajas llenas de agua en sí mismas no son suficientes para producir alegría y amor.

Quienes están vinculados a rituales ancestrales no saben de dónde viene el vino, solo lo saben los sirvientes que llenaban las tinajas. El encargado del banquete ni siquiera comprende el significado de un vino excelente y abundante al final de un banquete de bodas, que presumiblemente duraba días enteros, no sabe *de dónde viene*. "De dónde" se encuentra en el Evangelio de Juan asociado al misterio de Cristo en relación con el Padre (8, 14) y también en referencia a aquellos que son engendrados por el Espíritu que, como el viento, no se sabe de dónde viene y adónde va (3, 8). Los que obedecieron, los sirvientes que hicieron todo lo que Jesús dijo, los que llenaron y sacaron el vino, saben, estuvieron envueltos en el misterio de la revelación de su gloria; son los siervos del gozo, de ese gozo que Jesús tiene en plenitud y que quiere propagar.

Conclusión

En Caná Jesús muestra su gloria: el modelo de todos los signos tiene en sí mismo la referencia a la cruz, ya que la gloria está siempre en referencia a ella, como un momento que revela plenamente el amor del Padre y del Hijo, ambos como relación recíproca y como relación con la humanidad. Parece paradójico que la alegría del amor conyugal, que se vive en la embriaguez del Espíritu, como el vino de la embriaguez, sea una referencia explícita a la cruz. Jesús en el don del vino excelente y sobreabundante, manifiesta su gloria como anuncio de la nueva alianza que se presenta en Caná como signo del nuevo matrimonio que aparecerá en el Evangelio de Juan el día de la nueva creación, el día de la resurrección: la nueva pareja será entregada por Jesús y por María de Mágdala que simboliza a la esposa purificada y redimida (como humanidad adúltera), embellecida por la relación con el Esposo que la llama con su nombre.

2. Meditatio *meditar la Palabra*

¿Qué alegría recibimos del Esposo? ¿Sobre qué alegría velamos como María? ¿Qué alegría difundimos? Tres preguntas que tienen una sola alma y un solo evento, por el cual Cristo ha concretado su existencia: el don del Espíritu.

La alegría nupcial, proyecto eterno del Padre con la humanidad, ¿nos envuelve como una llamada única y personal, como signo del Espíritu que nos une al Esposo?

A la luz del n. 8 de la Regla de Vida, para mí, mujer, ¿qué relación existe entre el amor y la alegría? ¿Qué profundidad tiene en mí la alegría de Jesús? Si no es un gozo pascual, que implica una transformación, que lleva consigo el signo del parto por la vida, el signo del amor que sobrepasa todos los límites, ¿el gozo de Jesús es verdaderamente ese gozo de compartir en el amor y que caracteriza su humanidad?

Propongo un breve fragmento de una reflexión de Alberto Neglia

“Según un famoso proverbio rabínico, Dios viene a la tierra a buscarse una esposa. La imagen de Dios que entra en la casa y la imagen de la fiesta de un matrimonio son muy importante también en la predicación de Jesús (Mt 22, 1ss. ‘El reino de los cielos es semejante a un rey que hace un banquete de bodas para su hijo’). En Jn 3,29 se hace referencia a las palabras de Juan Bautista, que se alegra en escuchar la voz del esposo: Juan Bautista ya sintió en sí mismo el exaltar de Dios que ha encontrado a su esposa; la alegría de Dios, quien estando en la plenitud infinita de la vida y de la gloria, quiso unir su vida y la de la humanidad porque ‘su delicia es estar con los hijos del hombre’ (Pr 8,31). Por este hecho, la liturgia de la iglesia primitiva cantaba: ‘Aquí están las bodas del Cordero, su esposa está lista’ (Ap 19, 7). Es el grito de exaltación de la esposa y es el anuncio del evangelio: El Reino de Dios está cerca, el Cordero vino a unirse en matrimonio.”

...y de Giorgio Mazzanti

“Toda la historia de la revelación se centra en la realidad-tema de las bodas de Dios con el ser humano... el símbolo nupcial es como el alma que guía toda la interpretación del tiempo del AT durante el cual tiene lugar lo que San Hilario había llamado ‘Ecclesia praeformatio’, la formación de esa Esposa por la cual, como dice Orígenes, el Esposo Cristo deja a su Padre... En Caná, Cristo transforma el agua en vino. Ahora bien, el vino siempre se ha considerado un signo de embriaguez. Y aquí en Caná se presenta para alegrar la fiesta de bodas: es el vino de la embriaguez nupcial. En Pentecostés, los apóstoles que han recibido el Espíritu Santo se consideran ebrios de mosto. La verdadera razón de la particular embriaguez de los apóstoles es que recibieron el Espíritu Santo, el vino nuevo y verdadero de la embriaguez humano-espiritual. Ese vino de Caná era tan solo un tipo y prefiguración del vino del Espíritu Santo distribuido para la fiesta de las bodas de Dios con la humanidad... las bodas eternas. El Espíritu aparece como quien cumple y celebra la boda entre Dios y la humanidad, como el verdadero símbolo de la boda, el auténtico Paraninfo de la boda entre Dios y los seres humanos en Cristo...”

3. Oratio rezar la Palabra

Señor Jesucristo,
te doy gracias por el don de tu presencia,
por tu ternura de Esposo
y con la cual te inclinas hacia nuestras miserias,
sobre nuestros formalismos,

para ayudarnos a comprender
que sólo el amor que nos has enseñado
es agradable a tu Padre.

Te alabo Señor,
porque quien se confía en ti
prueba la seguridad de tu gracia
y la inseguridad que nos hace humildes,
para no bastarnos a nosotros mismos.

Haz, que escuchando tu Palabra,
aprendamos a esperar tu Reino
y a alegrarnos, desde ahora,
por todo lo que nos has preparado.
Ayúdanos a volvernos hermanos
y a anunciar a todos que eres el Salvador,
el Esposo de la humanidad
llamada a entrar en la fiesta de tu vida
con el Padre en el Espíritu.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

4. Contemplatio

Inmersas en la vida de Jesús dejemos que su gozo llegue a nosotras, justo cuando nuestra existencia parece languidecer, parece extinguirse, parece insípida e incolora. Deseemos y dejémonos conquistar por la embriaguez del vino que nos ha dado; degustemos la belleza de la voluntad del Padre que nos llama a la comunión nupcial.

5. Collatio *compartir la Palabra*

Compartamos esa Palabra de Jesús que reaviva nuestra vida y nos da alegría.